

# ¿CIENCIA OCULTA O EXACTA?

2

## ¿CIENCIA OCULTA O EXACTA?

*ECCE SIGNUM!* He aquí el signo previsto para un porvenir más brillante; el problema llamado a ser la cuestión del siglo venidero, la pregunta que todo padre reflexivo y celoso se dirigirá a sí mismo respecto a la educación de sus hijos en el siglo XX. Diremos desde luego que por *Ciencia Oculta* no queremos significar ni *la vida* de un *chela*<sup>1</sup>, ni las austeridades de un asceta, sino simplemente el estudio de lo único que es capaz de darnos la clave de los misterios de la Naturaleza y de revelarnos los problemas del Universo y del hombre psico-físico, aun cuando no se sienta uno inclinado a profundizar más en el asunto.

Cada nuevo descubrimiento llevado a cabo por la ciencia moderna indica las verdades de la filosofía arcaica. No conoce el verdadero ocultista un solo problema cuya solución no sea capaz de dar la ciencia esotérica, si se la estudia como es debido; mientras que las corporaciones científicas de Occidente no han podido hasta ahora llegar a la raíz de ningún fenómeno de las ciencias naturales, ni explicarlo en todos sus aspectos. Las ciencias exactas no pueden conseguirlo en *este* ciclo, por razones que más adelante daremos.

Y, sin embargo, el orgullo de la época actual que se rebela contra la introducción de antiguas verdades en el dominio de la ciencia –especialmente cuando aquéllas son transcendentales– se va haciendo cada vez más intolerante. Pronto lo verá el mundo alzarse hasta las nubes de la propia vanidad, cual nueva Torre de Babel, para participar de la suerte que tocó al monumento bíblico.

En una obra reciente sobre antropología<sup>2</sup> se lee lo siguiente:

“Al fin nos es dado *conocer* (*i*), abarcar, manejar y medir las fuerzas con que Dios procedió, según se afirma... Hemos convertido a la electricidad en correo, la luz en geómetra, la afinidad química en jornalero”, etc. Estas palabras se encuentran en una obra francesa. El que está enterado de las perplejidades de las ciencias exactas y de los errores confesados diariamente por sus representantes, se siente inclinado, después de leído tan pomposo farrago, a exclamar como el descontento de la *Biblia*: *Tradidit mundum ut non sciant*. Verdaderamente: “el mundo *les* fue entregado a *fin* de que jamás lo conociesen.”

El hecho de que el gran Humboldt mismo haya expresado axiomas tan erróneos como éste: “¡La Ciencia empieza para el hombre sólo cuando su inteligencia ha dominado la

<sup>1</sup> Palabra sánscrita (lit. niño), que significa discípulo. El discípulo de un *Guru* o Sabio perteneciente a una escuela filosófica.

<sup>2</sup> *Bulletin de la Société d'Anthropologie*, 3, fasc., pág. 384.

H. P. BLAVATSKY ¿Ciencia Oculta o Exacta?

3

Materia!”<sup>3</sup>, indicará hasta dónde llega la probabilidad de *éxito* para los sabios por ese camino. La palabra *Espíritu* en vez de *materia*, quizá hubiese expresado una verdad más grande. Pero si el término *materia* hubiera sido sustituido por el de *Espíritu*, Mr. Renan no hubiese felicitado al venerable autor del *Kosmos* en los términos en que lo hizo. Me propongo presentar algunos ejemplos para demostrar que el conocimiento de la materia sola, con las en otro tiempo fuerzas *imponderables* –sea cual fuere el significado que la Academia francesa y la Sociedad Real hayan atribuido al adjetivo, cuando fue inventado– no es suficiente para los objetos de la verdadera ciencia.

Tampoco será suficiente jamás para explicar el fenómeno más sencillo, aun en la naturaleza física objetiva, sin contar los casos anormales que tanto interés inspiran actualmente a los fisiólogos y biólogos. Según expresó el Padre Secchi, el famoso astrónomo romano, en su obra<sup>3</sup>, “aunque sólo unas pocas de las *nuevas* fuerzas quedasen probadas, tendrían que admitir en su dominio (el de las fuerzas) agentes de un *orden enteramente distinto* a los de la gravitación”.

“He leído bastante acerca del Ocultismo, y he estudiado los libros kabalísticos: ¡jamás entendí una palabra de ellos!” Esta observación la hacía recientemente un experimentador versado en la *transmisión del pensamiento, colores de los sonidos, y demás*.

Es muy natural. Antes de poder deletrear y leer, o entender lo que se lee, es preciso estudiar el alfabeto.

Hace cuarenta años aproximadamente, conocí a una niña de siete u ocho que inquietó muy seriamente a sus padres, diciendo:

–Mamá mía, te quiero mucho. Hoy eres buena y cariñosa conmigo. Tus palabras son *enteramente azules*.

–¿Qué quieres decir?– preguntó la madre.

–Tus palabras son todas azules, porque son muy cariñosas; pero cuando me regañas, *aparecen rojas*, pero ¡tan rojas! Pero es aún peor cuando te encolerizas contra papá, porque entonces son de color naranja... horribles... como esto...

Y la niña señalaba al hogar en el que ardía un gran fuego.

La madre palideció.

Más adelante observaron que aquella niña sensitiva asociaba a menudo los colores con los sonidos. Las melodías que tocaba su madre al piano producían en ella verdaderos éxtasis de placer; veía “*arco-iris tan hermosos*”, según explicaba; mas cuando

tocaba su tía, eran “fuegos artificiales y estrellas”, “estrellas brillantes que *disparaban pistolas* y que después... estallaban...”

<sup>3</sup> *Kosmos*, vol. 1, pág. 3 y 76 (con las mismas ideas).

<sup>4</sup> Delle Forze, etc.

H. P. BLAVATSKY ¿Ciencia Oculta o Exacta?

4

Los padres se asustaron y temieron que la niña padeciese de algún trastorno cerebral. Llamaron al médico de la familia.

–Exuberancia de imaginación infantil– dijo el médico.

–Alucinaciones inocentes... No la dejéis beber té y obligadla a jugar más con sus hermanitos, a pelear con ellos, a hacer ejercicios físicos...– y se marchó.

En una gran ciudad rusa, situada a orillas del Volga, existe un hospital del que forma también parte un asilo para lunáticos. Allí estuvo una pobre mujer encerrada más de veinte años –hasta la hora de su muerte– como sujeto *inofensivo* aunque *demente*. No se encontraron en los registros más pruebas de su demencia que el hecho de producirle las salpicaduras y el murmullo de las ondas del río los *arco-iris divinos* más hermosos; mientras que la voz del superintendente la hacía ver las cosas “negras y carmesí”... *los colores del Demonio*.

En aquella misma época, poco más o menos, particularmente en 1840, se anunció en los periódicos franceses un caso parecido a aquel fenómeno.

En aquellos días, pensaban los médicos que un estado de sentimiento tan anormal,

sólo podía atribuirse a una razón: cuando semejantes *impresiones* se experimentaban, sin que pudiesen atribuirse a alguna causa *determinada*, indicaban una mente desequilibrada, un cerebro débil, capaz de llegar a la demencia. Tal era el *decreto* de la ciencia.

La opinión de las personas piadosas, apoyadas por las afirmaciones de los *curas* de aldea, se inclinaba en el sentido opuesto. El cerebro nada tenía que ver con la *obsesión*, que era simplemente obra del Diablo; alguna malicia propia del tan calumniado y patihendido Pedro Botero, con sus relucientes cuernos. Desde el año 1840 los hombres de ciencia, así como las *buenas* y supersticiosas viejas, han tenido que modificar un tanto sus opiniones.

Aun durante aquella época y antes de que la onda de espiritismo producida por el caso *Rochester* se hubiese extendido sobre una parte considerable de la sociedad civilizada de Europa, quedó demostrado que por medio de varios narcóticos y drogas, podían producirse los mismos fenómenos. Algunos, más atrevidos, que no temieron pasar por locos ni por cómplices del Diablo, hicieron experiencias, y públicamente declararon los resultados. Theophile Gautier, el célebre autor francés, *fue* uno de ellos. Pocas serán las personas conocedoras de la literatura francesa de aquella época, que no hayan leído la preciosa historia referida por aquel autor, en la cual describe los sueños de uno que comía opio.

Para analizar las *impresiones* desde el primer momento, tomó una gran *dosis* de *hashisch*. “Mi oído –escribe– adquirió capacidades maravillosas: *oía la música de las flores*; los sonidos verdes, rojos y azules, penetraban en mi oído muy perceptiblemente, a manera de ondas de *aroma* y *color*. Un vaso al caer, el crujido de una silla, una palabra murmurada en tono bajísimo, vibraban y resonaban *dentro de mí* como truenos.

H. P. BLAVATSKY ¿Ciencia Oculta o Exacta?

5

Al más ligero contacto con los objetos –muebles, o cuerpos humanos– oía prolongados sonidos, suspiros semejantes a las vibraciones melódicas de un arpa eólica”<sup>5</sup>.

Los poderes de la imaginación humana son grandes sin duda; no cabe tampoco dudar que la alucinación y la ilusión pueden ser generadas durante un período de duración mayor o menor en el cerebro humano más sano, bien sea natural o artificialmente. Pero existen fenómenos naturales que no se hallan incluidos en esa clase *anormal*; y al fin se han impuesto forzosamente aun a los hombres de ciencia.

Los fenómenos del hipnotismo, de la transmisión del pensamiento, de la provocación de los sentidos, fundiéndose, como sucede, unos en otros, y manifestando su existencia oculta en nuestro mundo fenomenal, consiguiendo al fin llamar la atención de algunos sabios eminentes. Bajo la dirección del famoso Dr. Charcot, del hospital de la Salpêtrière en París, varios hombres de ciencia ilustres se han dedicado al estudio de los fenómenos en Francia, Rusia, Inglaterra, Alemania e Italia.

Durante más de quince años han estado experimentando, investigando, teorizando. ¿Cuál ha sido el resultado? La única explicación que dan a los que ansían conocer la naturaleza real e íntima de los fenómenos, con su causa y génesis productora, es que los *sensitivos* que los manifiestan, son todos ellos ¡HISTÉRICOS! Nos dicen que son *psicópatas* <sup>6</sup> y *neurópatas* <sup>7</sup>, no existiendo, según ellos, otra causa alguna de las variedades infinitas de manifestaciones, que la que depende de un carácter puramente

fisiológico.

¡Satisfactorio es esto para el presente, y grandes esperanzas nos promete en lo futuro! La *alucinación histérica* está, pues, según parece, condenada a convertirse en el *alfa* y *omega* de todo fenómeno. Al mismo tiempo, la ciencia define la palabra *alucinación* como “un error de nuestros *sentidos*, de que participa nuestra *inteligencia*, a la cual ese mismo error se impone”<sup>8</sup>.

Ahora bien; las *alucinaciones* objetivas de un sentido –la aparición de un *Cuerpo Astral*, por ejemplo– no sólo son perceptibles por la *inteligencia* del sensitivo (o del *médium*), sino que también participan de ellas los sentidos de las personas que se hallan presentes. Consiguientemente será natural deducir, que todos aquellos testigos son también *histéricos*.

Según se ve, el mundo corre el peligro de convertirse, para fines de siglo, en un inmenso asilo de lunáticos, y quedarán sólo los sabios médicos formando la parte *sana* de la humanidad.

<sup>5</sup> *La Presse*, lo de julio de 1840.

<sup>6</sup> Término griego compuesto, inventado por las Facultades rusas de Medicina.

<sup>7</sup> De la palabra *neurosis*.

<sup>8</sup> Brierre de Boismont, *Dictionnaire Médical*.

H. P. BLAVATSKY ¿Ciencia Oculta o Exacta?

6

Entre todos los problemas de la filosofía médica, la alucinación, al paso que vamos, parece el de más difícil solución, el que presenta mayores obstáculos.

No podría ser de otro modo; pues es uno de los resultados misteriosos de nuestra doble naturaleza el puente echado sobre el abismo que separa el mundo de la materia del mundo del Espíritu. Sólo los que están resueltos a pasar a la otra orilla pueden apreciar la alucinación y reconocer la causa de sus fenómenos. Sin duda alguna, una manifestación desconcierta por completo a todo aquel que por primera vez es testigo de ella.

Aun probando al materialista la facultad creadora, la *potencia* del Espíritu humano; aun *naturalizando* ante el sacerdote el *milagro* y *supernaturalizando*, por decirlo así, los efectos más sencillos de las causas naturales; aun así y todo no puede ser aceptada la *alucinación* por lo que realmente es; y difícilmente podría imponerse su verdadero significado al materialista o al creyente cristiano, pues tan categórico es el primero en su negación, como lo es el segundo en su afirmación.

“La alucinación –dice Brierre de Boismont<sup>9</sup>– es la reproducción del signo material de la idea.” Según se dice, la alucinación no respeta la edad ni el mérito; y si se ha de dar importancia a una experiencia fatal, “el médico que le prestase demasiada atención o la estudiase durante un tiempo excesivo, y con *exagerada seriedad*, terminaría seguramente su carrera entre el número de sus clientes.”

Esto es una prueba más de que nunca se ha estudiado la *alucinación* con *excesiva seriedad*, pues la abnegación no es precisamente el rasgo característico de la época actual.

Pero si tan fácilmente se transmite su contagio, ¿por qué no ha de sernos permitido indicar con valor y sin respetos que los biólogos y fisiólogos de la escuela del Dr. Charcot, están también *alucinados* por la idea científica unilateral que atribuye semejantes alucinaciones fenomenales al *histerismo*?

Sea como fuere, sin embargo, ya se trate de una *alucinación colectiva* de nuestras

lumberas médicas o de la impotencia del pensamiento material, lo cierto es que el fenómeno más sencillo de los aceptados y comprobados por los hombres de ciencia en el año 1885, sigue tan sin explicación por lo que a ellos respecta, como lo estaba en 1840.

Pero aun admitiendo en gracia del argumento que algunos entre el vulgo, efecto de su gran veneración, que a menudo se convierte en *fetichismo por* la ciencia y la autoridad, acepten la sentencia de los sabios de que todo fenómeno, toda manifestación *anormal*, debe atribuirse a las extravagancias del *histerismo epiléptico*, ¿qué hará el resto del público? ¿Va a creer acaso que el lápiz de Monsieur Eglinton, que *se mueve espontáneamente*, obedece del mismo modo que su *médium* a una crisis epiléptica cuando aquél no lo toca? ¿Van a creer también que las declaraciones proféticas de los videntes, de los grandes apóstoles inspirados de todas las épocas y religiones, eran

9 Dictionnaire Médical.

H. P. BLAVATSKY ¿Ciencia Oculta o Exacta?

7

simplemente el resultado patológico del histerismo? ¿Pertenece también los milagros de la Biblia, los de Pitágoras, los de Apolonio y otros a la misma especie de manifestaciones *anormales* que las alucinaciones de la Srta. Alphonsine, del Dr. Charcot, y sus descripciones eróticas y sus poesías, *consecuencia de la dilatación de su intestino grueso por efecto de los gases* (sic)? Semejante pretensión no prosperará probablemente. Ante todo, la *alucinación* misma, cuando es realmente el efecto de una causa fisiológica, tendría que ser explicada; *pero jamás lo ha sido*. Tomando al azar algunas de entre los centenares de definiciones hechas por médicos franceses eminentes (pues no tenemos a mano las de los ingleses), ¿qué nos enseñan acerca de las alucinaciones? Hemos expuesto la *definición del Dr. Brierre de Boismont*, si es que puede

dársele este nombre; veamos ahora unas cuantas más.

El Dr. Lelut llama a la *alucinación* “una locura sensorial y perceptiva”; El Dr. Chomil, “una ilusión común del *sensorium*” 10; el doctor Leuret, “una ilusión intermediaria entre la sensación y el concepto” (*Fragmentos Psicol.*); el Dr. Michéa, “un delirio perceptivo” (ilusión de los sentidos); el Dr. Calmeil, “una ilusión debida a una modificación defectuosa de la sustancia nerviosa” (*De la locura*, volumen I) etc., etc.

Me temo que lo que antecede no ha de instruir gran cosa al mundo. Por mi parte, creo que los teósofos procederán cuerdamente si se atienen a la antigua definición de las alucinaciones (*teofanía*) 11 y de la locura, definición formulada hace unos 2.000 años por Platón, Virgilio, Hipócrates, Galeno y las escuelas médicas y teológicas de la antigüedad.

Existen dos clases de locura: una producida por el cuerpo, y la otra enviada por *los Dioses*.

Cuando hace diez años aproximadamente fue escrita la obra *Isis sin Velo*, el objeto más importante que en ella nos proponíamos, era la demostración de los puntos siguientes:

(a) la realidad de *lo Oculto* en la naturaleza;

(b) su completo conocimiento por parte de ciertos hombres que ejercen dominio sobre tales ramas;

(c) que difícilmente existe en nuestros días ciencia o arte alguno que no haya sido mencionado en los *Vedas*; y

(d) que infinidad de cosas ignoradas por nosotros, los modernos sabios del siglo XIX, especialmente los misterios de la naturaleza, *in abscondito*, como los llamaban los alquimistas, eran conocidos por los arios del periodo anterior al *Mahâbhârata*. Nueva prueba de ello se nos está dando ahora. Algunas de las investigaciones recientes llevadas a cabo en Francia por sabios *especialistas* (?) respecto a la confusión

<sup>10</sup> Véase el Diccionario de términos médicos.

<sup>11</sup> Comunicación con los Dioses.

H. P. BLAVATSKY ¿Ciencia Oculta o Exacta?

8

que hacen sus *neurópatas* y *psicomaniacos* entre el color y el sonido, las *impresiones musicales* y las impresiones del *color*, ofrecen una nueva corroboración de lo afirmado. Por primera vez, en Austria, el Dr. Newbamer, en el año 1873, se ocupó en este fenómeno especial. Después empezó a ser objeto de serias investigaciones, en Alemania, por Blaver y Lepmann; en Italia, por Vellardi, Bareggi y unos cuantos más; y por fin, muy recientemente, en Francia, por el Dr. Pedronneau. Sin embargo, los datos más interesantes acerca de los fenómenos del *color-sonido*, pueden hallarse en *La Nature* (núm. 626, 1885, pág. 406, *et seq.*), en un artículo de A. de Rochat, quien los experimentó con un caballero a quien da el nombre de Mr. N. R.

He aquí un breve, resumen de su experimento.

N.R. es un hombre que cuenta 57 años aproximadamente; *abogado* de profesión, vive en uno de *los faubourgs* de Paris, gran aficionado a las ciencias naturales, que ha estudiado muy seriamente, amante de la música, si bien no es músico, gran viajero y lingüista notable. Jamás había leído N. R. cosa alguna tocante al fenómeno peculiar de que algunas personas asocian el sonido con el color, y al que él mismo estaba sujeto desde su niñez. Cualquier clase de sonido le sugería siempre la impresión de los colores. Así la articulación de las vocales producía en su cerebro los resultados siguientes: La letra *A*, le parecía rojo oscuro; la *E*, blanco; la *I*, negro; la *O*, amarillo; la *U*, azul. Las vocales dobles *Ai*, color castaño; *Ei*, blanco gris; *Eu*, azul claro; *Oi*, amarillo sucio; *Ou*, amarillento. Casi todas las consonantes tenían un tinte gris oscuro, mientras que una vocal, o una vocal doble formando una sílaba con una consonante, daba a esta última su propio color. Así, *ba*, *ca*, *da*, eran de color gris encarnado; *bi*, *ci*, *di*, color de ceniza; *bo*, *co*,

*do*, gris amarillo y así sucesivamente. Cuando la *S* terminaba una palabra y se pronunciaba con silbido como en español *los campos* comunicaba a la sílaba que la precede un brillo metálico. De este modo el color de la palabra dependía del color de las letras que la componían, de manera que para N.R. el lenguaje humano aparecía en la forma de muchas cintas de colores o veteadas que saliesen de las bocas de las personas, cuyos colores estaban determinados por aquellas vocales que en las frases se hallaban separadas unas de otras por las rayas grises de las consonantes.

A su vez los idiomas tenían un color común según las letras que en cada uno predominasen. Por ejemplo, el alemán que abunda en consonantes, le formaba en su conjunto la impresión de un musgo de color gris oscuro; el francés le aparecía como un gris muy mezclado de blanco; el inglés le parecía casi negro; el español tenía muchos colores, dominando el amarillo y el carmín; el italiano era amarillo, confundiendo con carmín y negro, pero con tintas más armoniosas y delicadas que el español.

Una voz de tonos profundos hacía en N.R. la impresión de un color encarnado oscuro que gradualmente pasaba al de chocolate, mientras que una voz aguda y sonora le

sugería el color azul; y una que estuviese entre estos dos extremos, cambiaba inmediatamente estos colores en amarillo muy claro.

H. P. BLAVATSKY ¿Ciencia Oculta o Exacta?

9

Los sonidos de los instrumentos tenían también sus distintos colores especiales: el piano y la flauta le sugerían tintas azuladas; el violín negras, y la guitarra gris plateado, etc.

Los nombres de las notas musicales pronunciadas en alta voz, influían a N.R. del mismo modo que las palabras. Los colores de una voz que cantara con acompañamiento, dependían de la voz y de su compás y altura y del instrumento que se tocara.

Lo mismo le sucedía con los *números* que se pronunciaban; pero cuando se leían mentalmente, le reflejaban el color de la tinta con que estaban escritos o impresos. Por tanto, la forma no tiene nada que ver con estos fenómenos de colores. Estas impresiones no tenían generalmente lugar fuera de él, sino que funcionaban, por decirlo así, en su cerebro; por otro lado vemos a otros sensitivos que presentan fenómenos mucho más curiosos que los de N.R.

Además del interesante capítulo de Galton sobre el asunto en sus *Investigaciones de las Facultades y Desarrollos humanos*, encontramos en el *London Medical Record*, a un sensitivo que describe de este modo sus impresiones: “Tan pronto como *oigo* los sonidos de una guitarra, *veo* cuerdas vibrantes envueltas en vapores de colores.” El piano le produce el mismo efecto: “imágenes de colores comienzan a flotar sobre las teclas”. Uno de los pacientes del Dr. Pedronneau en París<sup>12</sup>, recibe siempre la impresión de los colores *fuera* de sí mismo. “Siempre que *oigo* —dice— un coro compuesto de varias voces, *siento* un gran número de puntos de color flotando sobre las cabezas de los cantantes. Los *siento*, pues mis *ojos* no reciben ninguna impresión definida; sin embargo, me *veo* obligado a *mirarlos*, y al *examinarlos* me *siento* perplejo, porque no puedo encontrar estos puntos de brillantes colores en donde los *miro*, o más bien donde los *siento*”.

Hay otros sensitivos que sienten de una manera inversa, y en quienes los colores evocan inmediatamente los sonidos; y otros hay en quienes se produce un fenómeno triple por medio de un sentido especial que genera otros dos. Hay sensitivo que no puede oír una charanga sin sentir un *gusto de cobre* mientras toca, a la vez que ve nubes de color dorado oscuro.

La ciencia investiga tales manifestaciones, reconoce su realidad y... es impotente para explicarlas. “*Neurosis e histerismo*,” es la única contestación que se obtiene, y las “alucinaciones *caninas*” de los académicos franceses mencionados en *Isis sin Velo*, permanecen válidas hasta hoy como una explicación o *disolvente universal* de toda esta clase de fenómenos. Pero, con todo, es muy natural que la ciencia no pueda explicarse este fenómeno de luz y sonido, puesto que la misma teoría de la luz no ha sido absolutamente comprobada ni completa hasta el presente.

Continúen, pues, nuestros adversarios científicos algún tiempo más jugando a la *gallina ciega* con los fenómenos, sin ningún otro fundamento a que agarrarse que su

<sup>12</sup> *Annales d’Occultisme*, Nov. y Dic. 1892. *Journal de Médecine de l’Ouest*, 40 trimestre 1882.

H. P. BLAVATSKY ¿Ciencia Oculta o Exacta?

10

eterna hipótesis fisiológica. No está quizás lejano el tiempo en que se vean obligados a

cambiar de táctica o confesarse derrotados hasta por fenómenos tan *elementales* como los descritos. Pero digan y hagan los fisiólogos lo que quieran, y cualesquiera que sean sus explicaciones científicas y sus hipótesis y conclusiones en el presente o en el futuro, el fenómeno moderno está ejecutando su *vuelta cíclica* hacia su verdadera explicación, a los *Vedas* arcaicos y a otros *libros sagrados del Oriente*. Pues es fácil demostrar que los arios védicos estaban por completo familiarizados con todos estos misterios del sonido y del color. Las correlaciones *mentales* del sentido del *sonido* y el de la *vista* eran un hecho tan común en su tiempo, como lo es en el nuestro el de que un hombre vea, con sus *ojos* bien abiertos, las cosas objetivas en pleno día.

Cualquier estudiante de Ocultismo, el más joven de los *chelas* que haya empezado a leer *esotéricamente sus Vedas*, puede sospechar lo que significa el verdadero fenómeno: *la vuelta cíclica de los organismos humanos a la forma primitiva* que tuvieron durante la tercera y hasta durante la cuarta Raza Raíz, lo que se conoce como *períodos antediluvianos*. Todo se conjura para probarlo; hasta el estudio de las ciencias exactas, tales como la filología y la mitología comparada. Desde los más remotos días de la antigüedad, desde los mismos albores de las grandiosas civilizaciones de aquellas razas que precedieron a nuestra *Quinta Raza*, y cuyos vestigios yacen en el fondo de los mares, era conocido el hecho de que se trata. Lo que ahora se considera como un fenómeno anormal, era, según toda probabilidad, el estado normal de la humanidad antediluviana. Estas no son vanas palabras, pues he aquí dos pruebas entre otras muchas.

A consecuencia de los abundantes datos recogidos por las investigaciones lingüísticas, los filólogos comienzan a levantar su voz y a señalar hechos muy significativos aunque no explicados:

1º Todas las palabras que indican manifestaciones y concepciones humanas de la luz y del *sonido*, *se ve que se derivan de los mismos fundamentos* <sup>13</sup>.

2º La Mitología demuestra a su vez la ley evidente –cuya uniformidad excluye la posibilidad de lo casual– que indujo a los antiguos simbologistas a representar a todos sus dioses del sol y deidades radiantes –tales como el Alba, el Sol o Aurora, Febo, Apolo, etc.– relacionados, ya de un modo ya de otro, con la música y el canto –con el sonido, en una palabra– y asociados con la brillantez y los colores<sup>14</sup>.

Si esto no es todavía más que una deducción, existe una prueba aun mejor en los *Vedas*; pues en ellos los conceptos de las palabras *sonido* y *luz*, *oír* y *ver* *están siempre asociados*. En el Himno X, 71, verso 4º, leemos: “*Aunque uno mire no ve el discurso, y otro que ve no lo oye.*” También en el verso 7º, en el cual se presenta a una partida de amigos rivalizando en el canto, se les caracteriza con los dos epítetos, seguidos el uno del otro: *Akshavanta* y *Karnavanta*, o “uno dotado con ojos” y “uno dotado con oídos”.

<sup>13</sup> Woyvodsky. *Introduction à la Mythologie de l'Odysée*.

<sup>14</sup> Essay on the Bacchic Cults of the Indo-European Nations.

H. P. BLAVATSKY ¿Ciencia Oculta o Exacta?

11

Esto último es natural: el cantante tiene *un buen oído para la música*, y el epíteto es comprensible en vista de la emulación musical. ¿Pero qué sentido puede tener en este caso el *Akshavanta* con su buena vista, a menos que haya en ello una relación y un significado que no están explicados porque probablemente el himno se refiere a días en que la *vista* y el *oído* eran términos sinónimos? Por otro lado, un filólogo, un orientalista en ciernes<sup>15</sup>, nos dice que la raíz sánscrita verbal *Arc* se usa para dar dos



significados: (a) *cantar* y (b) *brillar* para lanzar rayos de luz. Los sustantivos *rc* y *arka*, derivados de la raíz *Arc*, se usan para significar primero *canto*, *himno*, y segundo *brillo*, *rayo*, *sol*... En el concepto de los antiguos, *un discurso podía verse*... así se explica. ¿Qué

es lo que dice a esto la *Doctrina Secreta*, este verdadero disolvente universal de todas las dificultades científicas y de todos los problemas insolubles? Nos envía al capítulo de la *Evolución de las Razas*, en donde el hombre primitivo está presentado en su evolución especial, avanzando en el plano físico por medio del desarrollo de un sentido en cada raza (de las cuales hay siete) durante la Cuarta Ronda, en este Globo<sup>16</sup>. El lenguaje humano, como nosotros lo conocemos, comenzó en la Raza Raíz que precedió a la nuestra, la *Cuarta* o *Atlante*. En la Tercera Raza Raíz fue desarrollándose la *vista* como sentido físico, (no nos olvidemos que ya estaban desarrollados el tacto y el oído correspondientes a la Primera y Segunda Razas) mientras que los otros cuatro permanecieron en estado latente como sentidos físicos, aunque completamente desarrollados como facultades espirituales. El *lenguaje* se asoció con la *vista*, o en otras palabras, la gente se entendía entre sí y *hablaba* con sólo la ayuda de la *vista* y del *tacto*. “El sonido se *ve* antes de ser oído” –dice el libro de *Kiu-ti*–, el relámpago precede al trueno. Según pasaron las edades, la humanidad cayó con cada nueva generación más y más abajo *en la materia*; lo físico ahogando lo espiritual.

Pero estamos en la Quinta Raza y hemos pasado ya el punto de vuelta del *ciclo de nuestra sub-raza*. Según lo prueban los actuales fenómenos y el incremento de los organismos sensitivos en nuestra época, esta humanidad está avanzando rápidamente en la senda que conduce a la espiritualidad pura y llegará al apogeo (de *nuestra Raza*) al final de la séptima sub-raza. Y es así, que la última mitad de nuestra Raza ha comenzado ya a recibir una vez más la sombra protectora de la renaciente espiritualidad *primordial*, la cual al final de la Séptima Ronda habrá casi eclipsado nuestra presente mentalidad, en el sentido de la fría razón *humana*.

Según este principio, como se demuestra y explica de un modo completo en la *Doctrina Secreta*, la Humanidad civilizada comenzará pronto a mostrarse –aunque menos *racional en el plano mundano*– más bien como *Deva* que como *mono* según somos en la actualidad y por cierto en el grado más doloroso.

Concluiré con la observación de que, puesto que nuestras propensiones naturales, que son todavía *iguales a las del mono*, nos hacen temer, individual y colectivamente, el ser lanzados por la opinión pública fuera de aquella región en que todos los cuerpos

<sup>15</sup> Profesor Ovseniko Koulikovsky, el autor de *Essay on Bacchic Cults*.

<sup>16</sup> Véase *Budhismo Esotérico*, y la *Doctrina Secreta*, para las Rondas, Períodos del mundo y Sub-razas.

H. P. BLAVATSKY ¿Ciencia Oculta o Exacta?

12

menores gravitan hacia la lumbrera de nuestro sistema solar social –la ciencia y su autoridad–; algo tiene que hacerse para remediar tal desastre. Me propongo, por tanto, demostrar en mi próximo artículo que como estamos todavía sólo en la quinta sub-raza de la Quinta Raza, y como ninguno de nosotros vivirá para ver la Séptima –sucediendo las cosas de un modo normal– haremos bien en no fundar nuestras esperanzas en la ciencia, ya sea ortodoxa o semi-herética. Los hombres de ciencia no pueden impedir al mundo que comprenda la *causa racional* del fenómeno, el cual durante algún tiempo más en este ciclo, les será imposible explicar ni aun para sí mismos. No pueden comprenderla ni explicarla mejor que cualquier otro que no haya estudiado Ocultismo y

las leyes ocultas que gobiernan la Naturaleza y dirigen la Humanidad. Los hombres de ciencia son *impotentes* en este caso, y es injusto acusarles de mala fe, ni tan siquiera de falta de voluntad, como se ha hecho a menudo. Su facultad discursiva (tomada en este caso en el sentido de *intelectualidad* y no de *razón*) no les permitirá nunca dirigir su atención al estudio oculto. Por lo tanto, es inútil exigir o esperar de los sabios de nuestra época aquello que son absolutamente incapaces de hacer por nosotros, hasta que el próximo ciclo cambie y transforme completamente su naturaleza *interna* por medio del *mejoramiento* de la estructura de sus mentes espirituales.

Ya se ha demostrado que ni las facultades de medicina ni las corporaciones científicas de físicos han podido explicar nunca el *primum mobile* o *rationalis* del fenómeno más sencillo, fuera de las causas puramente fisiológicas, y que, a menos que llamen en su ayuda al Ocultismo, tendrán que morder el polvo, antes de que el siglo XX haya avanzado mucho.

Esto parecerá una afirmación temeraria. Sin embargo, está plenamente justificada por la de ciertas celebridades médicas: *de que no es posible ningún fenómeno fuera del radio de las causas puramente fisiológicas y físicas*. Esta declaración la debieran volver por pasiva y decir que, *no es posible ninguna investigación definitiva bajo los aspectos de sólo las causas fisiológicas y físicas*. Esto sería correcto. Pudieran añadir que, como hombres de ciencias exactas, no podían emplear otros medios de investigación, y por tanto, habiendo llegado con sus experimentos hasta ciertos límites, tenían que desistir y declarar su tarea terminada, debiendo entonces los fenómenos ser trasladados a la especulación de los trascendentalistas y filósofos. Si hubiesen hablado con esta sinceridad, nadie hubiera tenido el derecho de decir que no habían cumplido con su deber; pues habrían hecho todo lo que podían, dadas las circunstancias, y, como se demostrará pronto, no podían hacer más. Pero actualmente los médicos neurópatas no hacen sino poner trabas al progreso del verdadero conocimiento psicológico. A menos que exista un intersticio, por pequeño que sea, que dé paso a un rayo del Yo Superior del hombre, para expulsar de su inteligencia la oscuridad de las concepciones puramente materiales, y reemplazarla por la luz de un plano de existencia, por completo desconocido de los sentidos ordinarios, no podrá ser terminada su tarea satisfactoriamente. Y como para que tales casos anormales puedan ser claramente comprendidos por nuestros sentidos físicos, a la vez que por los espirituales, en otras palabras, hacerse objetivos deben tener siempre sus causas generadoras compenetrando las dos esferas o planos de existencia, esto es, el físico y el espiritual, es

H. P. BLAVATSKY ¿Ciencia Oculta o Exacta?

13

natural que el materialista sólo pueda distinguir aquellos que conoce, permaneciendo ciego para los demás.

El ejemplo siguiente aclarará esto para el lector inteligente.

Cuando hablamos de la luz, del calor, del sonido, etc., ¿qué es lo que queremos significar? Cada uno de estos fenómenos naturales existe *per se*, pero para nosotros no tienen realidad independiente de nuestros sentidos, y existe sólo en aquel grado que es perceptible al sentido que corresponde con él. Sin ser nada ciegos ni sordos, hay algunos hombres que están dotados de mucha menos vista y oído que los demás; y es un hecho muy conocido que nuestros sentidos, lo mismo que nuestros músculos, pueden ser desarrollados y educados por medio del ejercicio y del método. Es muy

antiguo el axioma de que el sol necesita de un ojo para manifestar su luz; y aunque la energía solar existe desde la primera ondulación de nuestro *Manvantara* y existirá hasta el primer hálito de muerte del *Pralaya*, sin embargo, si cierta porción de esa energía no excitara en nosotros aquellas modificaciones que llamamos percepción de la luz, la obscuridad absoluta reinaría en el Kosmos, y negaríamos la misma existencia del sol. La ciencia hace una distinción entre la energía del calor y la de la luz; pero la misma ciencia nos enseña que la criatura o ser en quien las acciones externas correspondientes causasen una modificación homogénea, no podría encontrar diferencia entre el calor y la luz. Por otro lado, aquella criatura o ser en quien los rayos oscuros del espectro solar causasen las modificaciones que en nosotros producen los rayos brillantes, vería luz allí donde nosotros no vemos nada absolutamente.

Mr. A. Buderof, profesor de química y científico eminente, nos da muchos ejemplos de estos fenómenos. Cita las observaciones hechas por Sir John Lubbock sobre el sentido del color en las hormigas. Este distinguido hombre de ciencia descubrió que las hormigas no dejan que sus huevos permanezcan bajo la acción de la luz, y que los transportan inmediatamente de los lugares en que da el sol a un sitio oscuro, pero que cuando un rayo de luz *roja* es dirigido sobre estos huevos (larvas), las hormigas no los tocan, como si estuviesen en completa obscuridad; colocan sus huevos lo mismo bajo la acción de la luz roja que en la obscuridad más completa. La primera no existe para ellas, pues no la ven, es para ellas obscuridad. La impresión que les hacen los rayos brillantes es muy débil, principalmente aquellos que se aproximan al rojo, los anaranjados y amarillos. Por el contrario, son muy impresionables a los rayos blancos, a los azul-oscuro y a los de color violeta.

Cuando se alumbran sus nidos en parte con rayos de este color y en parte con rojos, transportan inmediatamente los huevos del campo de los primeros a los del segundo. Por lo tanto, para las hormigas es el rayo de color de violeta el más brillante de todos los del espectro solar, y por tanto, también, su sentido del color es completamente opuesto al del hombre.

Este contraste resulta todavía más pronunciado en otro hecho. Además de los rayos de luz, el espectro solar contiene, como todos saben, los llamados rayos de calor (infrarrojos), y los químicos (ultravioletas). Sin embargo, no vemos ni los unos ni los otros.

H. P. BLAVATSKY ¿Ciencia Oculta o Exacta?

14

otros, y a ambos los llamamos *rayos oscuros*, mientras que las hormigas los perciben claramente; pues tan pronto como se ponen sus huevos bajo la acción de aquellos rayos, la hormiga los transporta de aquel campo, que para nosotros es oscuro, al alumbrado por el rayo rojo, y, por tanto, el rayo *químico es para ellas de color de violeta*. Por esta razón, dice el profesor mencionado:

“Debido a semejante peculiaridad, los objetos que ven las hormigas, deben de ser para ellas muy diferentes de lo que a nosotros nos parecen. Estos insectos es evidente que encuentran en la naturaleza tonos y colores, de los cuales no tenemos ni podemos tener la menor idea. Admítase por un momento la existencia en la naturaleza de objetos tales, que absorbiesen todos los rayos del espectro solar, y que sólo esparciesen los rayos químicos, y tendríamos que estos objetos *serían invisibles para nosotros*, mientras que las hormigas los percibirían perfectamente”.

Ahora que el lector se imagine por un momento lo siguiente: que exista una posibilidad dentro de las facultades del hombre, con la ayuda de las Ciencias Secretas, primero; de preparar un *objeto* (llámese *talismán* si se quiere), el cual, deteniendo por

un período más o menos largo los rayos del espectro solar sobre un punto dado, haga que el manipulador sea invisible para todos, colocándose y manteniéndose dentro del radio de los rayos químicos *u oscuros*; y segundo; lo inverso, esto es, poder distinguir en la naturaleza, con la ayuda de estos rayos oscuros, lo que el común de los hombres, que no poseen semejante *talismán*, no pueden ver con sus ojos naturales. Esto, por lo que respecta a los hombres de ciencia, puede ser una simple suposición o una declaración muy seria, pues puesto que no protestan sino de lo que se dice sobrenatural, por encima o fuera de *su naturaleza*, no tienen el derecho de oponerse a la aceptación de lo *suprasensible*, si se demuestra dentro de los límites del mundo de los sentidos.

Lo mismo sucede con la acústica. Observaciones numerosas han demostrado que las hormigas son completamente sordas a los sonidos que nosotros oímos; pero ésta no es una razón para suponer que son efectivamente sordas. Todo lo contrario; pues apoyándose en sus observaciones, el mismo hombre de ciencia cree necesario aceptar que las hormigas oyen sonidos, *pero que no son los perceptibles para nosotros*.

Todos los órganos del oído son sensibles a las vibraciones de una frecuencia dada; pero en caso de seres diferentes, esta frecuencia puede fácilmente no coincidir. Y no sólo sucede esto en el caso de seres completamente distintos de nosotros los hombres, sino también en el de los mortales cuya organización es peculiar —o *anormal* según la llaman— bien sea por naturaleza, o bien por medio de prácticas especiales<sup>17</sup>. Nuestro oído *ordinario*, por ejemplo, es insensible a vibraciones que pasen de 38.000 por segundo; mientras que el órgano auditivo, no sólo de las hormigas, sino de algunos hombres *que conocen la manera de defender el tímpano de todo perjuicio y el de producir ciertas correlaciones en el éter*, puede ser muy sensible a vibraciones que

<sup>17</sup> En *Isis sin Velo* se demuestra el caso de los naturales de Cachemira, particularmente de las muchachas que trabajan los chales. Perciben 300 tonos de color más que los europeos.

H. P. BLAVATSKY ¿Ciencia Oculta o Exacta?

15

excedan en mucho a las 38.000 por segundo, y de este modo, un órgano auditivo semejante —*anormal* solamente para la limitación de la ciencia exacta— puede, naturalmente, permitir a su poseedor, ya sea hormiga u hombre, gozar de sonidos y melodías de la naturaleza, de las cuales no se tiene idea con el tímpano ordinario. “Allí donde para nuestros sentidos reina un silencio de muerte, miles de sonidos de los más variados y mágicos pueden estar halagando el oído de las hormigas” dice el profesor Butler<sup>18</sup> citando a Lubbock:

“y estos pequeños e inteligentes insectos podrían, por lo tanto, considerarnos como sordos con el mismo derecho que nosotros los consideramos completamente incapaces de gozar de la música de la naturaleza, sólo porque son insensibles al estampido de un cañón, a los gritos y silbidos humanos, etc.”

Los ejemplos mencionados demuestran suficientemente que el conocimiento que tiene el hombre de ciencia de la naturaleza es incapaz de coincidir de un modo absoluto y completo con todo lo que existe y puede encontrarse en ella. Aun sin pasar a otras esferas y planetas diferentes, y manteniéndonos estrictamente dentro de los límites de nuestro globo, es evidente que existen en él miles y miles de cosas no vistas, ni oídas, ni palpadas por los sentidos ordinarios en el hombre. Pero admitamos sólo en gracia del argumento, que pueda haber —completamente aparte de lo sobrenatural— una ciencia que enseñe a los mortales lo que pudiera llamarse química y física suprasensibles, más

claro, *Alquimia*, y la metafísica de la naturaleza *concreta*, no abstracta, y toda dificultad desaparecería. Pues como arguye el profesor mencionado: “Si vemos luz allí donde otro ser está sumergido en la oscuridad, y no vemos *nada* donde él siente la acción de las oleadas luminosas; si oímos una clase de sonidos y permanecemos sordos a otros, –oídos, sin embargo, por un pequeñísimo insecto– ¿no es claro como la luz del día que no es la naturaleza en su primitiva desnudez, por decirlo así, la que está sujeta a nuestra ciencia y a su análisis, sino tan sólo aquellas modificaciones, sentimientos y percepciones que en nosotros despierta? Sólo de acuerdo con estas modificaciones es como podemos deducir nuestras conclusiones sobre las cosas externas y sobre las acciones de la naturaleza, creándonos de este modo la imagen del mundo que nos rodea. Lo mismo sucede respecto de cada ser finito; todos juzgan por lo externo, sólo por las modificaciones que crean en él las apariencias.”

Y éste, creemos, es el caso de los materialistas: pueden juzgar los fenómenos físicos solamente por su aspecto externo, y no surge ni podrá jamás surgir en él modificación alguna que abra su vista interna a los aspectos espirituales de aquéllos. A pesar de la gran autoridad de los eminentes hombres de ciencia, que, convencidos de la realidad de los fenómenos llamados *espiritistas*, se han hecho *espiritistas*; a pesar de que –igualmente que los profesores Wallace, Hare, Zöllner, Wagner y Butlerof– han expuesto sobre el asunto todos los argumentos que sus grandes conocimientos podían sugerirles, sus adversarios los han vencido hasta el presente. Algunos de éstos no niegan el hecho de los fenómenos, pero sostienen que el punto principal de la gran discusión

<sup>18</sup> *Cartas Científicas*.

H. P. BLAVATSKY ¿Ciencia Oculta o Exacta?

16

entre los trascendentalistas del espiritismo y los materialistas, es sencillamente la naturaleza de *la fuerza operadora, el primum mobile*, o el poder que opera. Insisten en el punto principal siguiente: que los *espiritistas* no pueden probar que este agente proviene *de los espíritus inteligentes de seres humanos fallecidos*, de una manera *que satisfaga las exigencias de las ciencias exactas* o las del público incrédulo.

Y considerado el asunto bajo este aspecto, su posición es inexpugnable.

El lector teósofo comprenderá fácilmente que importa poco que la negación sea para el título de espíritus, puro y simple, o para cualquier otro ser inteligente, ya sea humano, sobre-humano o sub-humano, o para tan siquiera una fuerza, si de todos modos ha de ser desconocida y rechazada *a priori* por la ciencia; puesto que precisamente se pretende limitar tales manifestaciones sólo a aquellas fuerzas que están dentro del dominio de las ciencias naturales. En una palabra, se rechaza en absoluto la posibilidad de que se demuestre matemáticamente que tales fenómenos sean lo que los *espiritistas* pretenden que son, y se insiste en que ya han sido explicados.

Es, pues, evidente, por lo tanto, que el teósofo, o más bien el ocultista, tiene que encontrarse en una posición aun mucho más difícil que la de los mismos *espiritistas*, respecto a la ciencia moderna. Pues no es el fenómeno *per se* lo que la mayoría de los hombres de ciencia combaten, sino la naturaleza del agente que se dice que obra; y si en el caso de los fenómenos *espiritistas*, éstos tienen solamente a los materialistas en su contra, no sucede lo mismo en el nuestro. La teoría de los espíritus tiene que combatir tan sólo contra los que no creen en la supervivencia del Alma humana. El Ocultismo tiene en su contra toda la legión de las Academias, porque, poniendo en segundo

término, ya que no los deseche por completo, a toda clase de espíritus, sean buenos, malos o indiferentes, tiene el atrevimiento de negar varios de los dogmas científicos más vitales, y en este caso, tanto los idealistas como los materialistas científicos, se sienten igualmente indignados, pues unos y otros, por muy en desacuerdo que se hallen entre sí en sus opiniones personales, sirven, sin embargo, bajo una misma bandera. No hay más que una ciencia, aun cuando haya dos escuelas distintas, la *idealista* y la *materialista*, y ambas son igualmente consideradas como autoritarias y *ortodoxas* en cuestiones científicas. Pocos hay entre nosotros que, habiendo pensado en esto y habiéndose penetrado de su importancia, deseen obtener una opinión científica sobre el Ocultismo. La ciencia, a menos de reformar por completo sus moldes, no puede tomar parte en las enseñanzas ocultas. Siempre que los fenómenos ocultos se investiguen bajo el plan de los métodos científicos modernos, resultarán muchísimo más difíciles de explicar que los puramente espiritistas.

Se trata ahora, después de seguir durante diez años los argumentos de muchos sabios adversarios nuestros que han combatido en pro y en contra del fenómeno, de presentar la cuestión de una manera exacta ante los teósofos. Ellos decidirán, después de leer hasta el fin lo que tengo que decir, y juzgando por sí mismos, si nos queda alguna esperanza de obtener en el campo científico, si no una ayuda eficaz, por lo menos una atención imparcial en favor de las Ciencias Ocultas aun siquiera de aquellos de sus H. P. BLAVATSKY ¿Ciencia Oculta o Exacta?

17

miembros cuya vista interna les ha obligado a aceptar la realidad del fenómeno mediumnístico.

Esto es natural. Sean lo que fueren, son hombres de la ciencia moderna antes que espiritistas; y si no todos, por lo menos algunos de ellos, preferirían renunciar a sus relaciones con los médiums y a sus creencias en espíritus, antes que a los grandes dogmas de la ciencia exacta ortodoxa. Y no serían pocos a los que tendrían que renunciar, si se hicieran ocultistas y se aproximasen al vestíbulo del MISTERIO con un espíritu justo de investigación.

Estas son las dificultades que existen en el fondo de los últimos inconvenientes<sup>19</sup> surgidos en el campo de la Teosofía; y no estarán fuera de lugar unas cuantas palabras sobre el particular, tanto más, cuanto que toda la cuestión se reduce a una pequeñez.

Los teósofos que no son ocultistas, no pueden ayudar a los investigadores, aun prescindiendo de los hombres de ciencia. Los que son ocultistas trabajan dentro de ciertas líneas *que no se atreven a traspasar*; su boca está cerrada, sus explicaciones y demostraciones son limitadas. ¿Qué pueden, pues, hacer? La ciencia nunca se dará por satisfecha con una explicación a medias.

*Saber, osar, querer y permanecer silencioso*, es un lema kabalista tan conocido, que el repetirlo aquí puede quizás parecer superfluo; pero, sin embargo, conviene recordarlo. Tal como están las cosas, o hemos dicho *demasiado* o *muy poco*; yo me temo mucho lo primero. Si es así, lo hemos expiado; pues hemos sido los primeros en sufrir por haber dicho *demasiado*. Aun *este poco* nos hubiera ocasionado disgustos mucho más serios un cuarto de siglo antes.

La ciencia –quiero decir la ciencia occidental– tiene que proceder por métodos completamente definidos. Se vanagloria de sus poderes de observación, de inducción, de análisis y de inferencia. Cuando quiera que se presenta a su investigación un

fenómeno de naturaleza anormal, tiene que analizarlo hasta su mismo fondo, o abandonarlo. Y al hacer esto, no puede, como hemos demostrado, proceder por otro camino que por el de los métodos inductivos, basados por completo en la evidencia de los sentidos físicos. Si éstos, ayudados por la *penetración* científica, no resultan eficaces, los investigadores recurren a la policía del país, la cual emplean sin escrúpulo, como ha sucedido en los casos históricos de Loudun, Salem, Wilchcraft, Morzine, etc.; la Sociedad Real acude a los *policeman*, y la Academia Francesa a sus *mouchards*; todos los

cuales proceden, por descontado, con sus métodos policíacos, a ayudar a la ciencia en sus apuros. Se escogen dos o tres casos de *un carácter en extremo sospechoso*, por supuesto en el plano externo, y los restantes se declaran sin importancia, como contagiados por los que se eligieron. Las aseveraciones de los testigos presenciales se rechazan, y se aceptan como *inatacables*, las de las personas predispuestas en contra, que hablan de oídas. Que el lector ojee los veinte variados volúmenes en que están consignadas las obras de Mirville y de Mousseau y que abarcan más de un siglo de forzosa investigación por la ciencia sobre varios fenómenos, y estará en condiciones de

<sup>19</sup> Este artículo fue escrito en 1886. N. del T.

H. P. BLAVATSKY ¿Ciencia Oculta o Exacta?

18

poder juzgar mejor los procedimientos que seguían en tales casos los hombres científicos, entre los que se contaban a menudo personas muy respetables.

¿Qué puede, pues, esperarse, ni aun siquiera de la escuela científica idealista, cuyos miembros están en tan escasa minoría? Son indudablemente hombres estudiosos, y muchos de ellos dispuestos sin ambigüedades a ir al encuentro de la Verdad. Aun cuando no tuviesen *predilecciones* personales que perder, en el caso de que se les demostrase el error de sus anteriores opiniones, existen, sin embargo, tales dogmas en la ciencia ortodoxa, que ni aun ellos se *atreverían nunca a quebrantarlos*. Tales son, por ejemplo, sus modernos conceptos axiomáticos sobre la ley de la gravitación y sobre la fuerza, la materia, la luz, etc., etc.

Al mismo tiempo debemos tener presente el estado actual de la Humanidad civilizada, y recordar en qué situación se halla la clase ilustrada con relación a cualquier escuela idealista, abstracción hecha de toda cuestión de Ocultismo. A primera vista se ve que las dos terceras partes están a partir un piñón con lo que puede llamarse materialismo práctico grosero.

“La ciencia teórica materialista no reconoce nada más que la SUBSTANCIA. La sustancia es su deidad, su único Dios.” Por otro lado se nos dice que el materialismo práctico se ocupa solamente en lo que conduce directa o indirectamente al beneficio personal. “El oro es su ídolo”, observa con exactitud el profesor Butlero<sup>20</sup> (un espiritista que, sin embargo, jamás ha podido aceptar ni aun las más elementales verdades del Ocultismo, porque *no puede comprenderlas*). “Una masa de materia –añade– es la sustancia muy amada de los materialistas teóricos, la que se transforma en una masa de cieno en las manos inmundas del materialismo ético. Y si los primeros conceden muy poca importancia a los estados internos (psíquicos), que no están perfectamente demostrados por su aspecto externo, el segundo los desprecia por completo. El aspecto espiritual de la vida no tiene significación para el materialismo práctico, estando todo reducido para él a lo externo. La adoración a lo externo tiene su fundamento principal de justificación en los dogmas del materialismo que lo ha legalizado”.

Esto da la clave de la situación. Los teósofos, o en todo caso los ocultistas, no tienen pues que esperar nada de la ciencia ni de la sociedad materialistas.

Aceptado tal estado de cosas para la rutina diaria de la vida –aun cuando lo que concierne a las más altas aspiraciones de la humanidad no vivirá según creemos mucho tiempo más– ¿qué podemos nosotros hacer sino mirar hacia adelante con la esperanza de un porvenir mejor? Mientras tanto, no debemos desanimarnos nunca, pues si el materialismo que ha despoblado el cielo y los elementos y ha preferido hacer del Kosmos ilimitado una tumba lóbrega y estrecha, en lugar de una mansión eterna, rehúsa toda relación con nosotros, no podemos hacer otra cosa más que abandonarlo a sí mismo.

<sup>20</sup> Cartas Científicas.

H. P. BLAVATSKY ¿Ciencia Oculta o Exacta?

19

Por desgracia esto no es eficaz. Nadie habla tanto como los materialistas, de la exactitud de las observaciones científicas, del debido uso de los sentidos y de la razón completamente libre de todo prejuicio. No obstante, tan pronto como se reclama el mismo derecho en favor del fenómeno, por alguno que lo ha investigado con este mismo espíritu de imparcialidad y de justicia, su testimonio deja de tener valor. “Sin embargo; si semejante número de inteligencias científicas”, dice el profesor Butlerof, “acostumbradas por años de práctica a la más minuciosa observación y determinación, atestiguan ciertos hechos, entonces hay una improbabilidad *prima facie* de que se equivoquen todos”. “Pero se *han equivocado* y de la manera más ridícula”, contestan sus adversarios, y esta vez estamos de acuerdo con ellos.

Esto nos hace recordar un antiguo axioma de la Filosofía Esotérica: “*nada que no exista en alguna parte, ya sea en el Cosmos visible o en el invisible, puede ser producido artificialmente, ni tan siquiera por el pensamiento humano.*”

“¿Qué teoría es esa?”, exclamó un teósofo discutidor cuando la oyó pronunciar.

“Suponed que pienso en una torre viviente con habitantes y que tenga una cabeza humana, y que se acerque a mí y me hable, ¿puede haber tal cosa en el Universo?”

“O loros empollados en almendras”, exclamó otro escéptico. “¿Por qué no?” fue la contestación; por supuesto no en esta tierra. ¿Pero cómo podemos saber que no hay tales seres como el que usted describe –cuerpos como torres con cabezas humanas– en algún otro planeta? La imaginación no es otra cosa más que la memoria de nacimientos anteriores, nos dice Pitágoras. Usted mismo ha podido ser ese *hombre torre* sin saberlo, conteniendo habitaciones en las cuales encontrase abrigo su familia, como los pequeñuelos del canguro. En cuanto a los loros empollados en almendras, nadie puede jurar que no haya habido tal cosa en la Naturaleza, en los tiempos remotos, cuando la evolución produjo monstruos mucho más extraordinarios. Un pájaro saliendo del fruto de un árbol, es quizás una de aquellas innumerables palabras de la Naturaleza, proferidas por la evolución en edades tan remotas, que los últimos susurros de sus ecos se perdieron en el fragor del Diluvio. “El mineral se convierte en planta, la planta en animal y el animal en hombre”, etcétera, dicen los kabalistas.

Y ya que hablamos del testimonio de los sentidos y de la confianza en ellos, diremos que hasta los más elevados hombres de ciencia han sido inducidos, no sólo a decir tales cosas, sino a enseñarlas como *hechos científicos* –a lo que parece–.

“¿Cuándo sucedió eso?” –preguntó el incrédulo.– “No hace tanto tiempo, después de todo; unos doscientos ochenta años, y en Inglaterra.” La extraña creencia de que había



una especie de ave marina que se empollaba en un fruto, no se limitaba a fines del mismo siglo XVI, tan sólo a los habitantes de las ciudades marítimas. Hubo un tiempo en que la mayoría de los hombres de ciencia creían firmemente que era un hecho, y por tanto lo enseñaban como tal. Ciertos árboles que crecen a orillas del mar –una especie de magnolia– con sus ramas generalmente sumergidas en el agua, tenían frutos, según se aseguraba, que se transformaban gradualmente por la acción del agua salada en una

H. P. BLAVATSKY ¿Ciencia Oculta o Exacta?

20 especie de formación crustácea de la cual salía, a su debido tiempo, un ave marina viva, conocida en la antigua Historia Natural como *el ganso–bernicla*.

Algunos materialistas aceptan la cosa como un hecho innegable. Lo observaron e investigaron por algunos años, y “el descubrimiento fue aceptado y aprobado por las más grandes autoridades de la época, y publicado bajo los auspicios de una sociedad científica.” Uno de estos creyentes en el *ganso–bernicla* era John Gerard, botánico que notificó al mundo el asombroso fenómeno en una obra erudita publicada en 1596.

Describe aquél y lo declara *un hecho por el testimonio de sus propios sentidos*. “El mismo lo vio, dice, tocó el fruto–huevo día tras día”, observó personalmente su crecimiento y desarrollo, y tuvo la suerte de presenciar el nacimiento de un ave de esta especie. Vio primeramente las patas del pollo saliendo de la cáscara rota, y después todo el cuerpo del pequeño *ganso–bernicla* que comenzó en seguida a nadar<sup>21</sup>. Tan convencido estaba el botánico de la verdad del fenómeno, que termina su descripción invitando a los que dudasen de la verdad de lo que él había visto, a venir a verle a él, John Gerard, y entonces haría que fuesen testigos presenciales de todo el proceso de formación. Roberto Murray, otro *sabio* inglés, y una autoridad en su época, afirma la verdad de la transformación que él también presenció personalmente<sup>22</sup>. Otros hombres de ciencia, contemporáneos de Gerard y Murray, como Funck, Aldrovandi, y muchos otros, participaban de esta convicción<sup>23</sup>. Así, pues, ¿qué os parece este ganso–bernicla? Ahora bien: yo lo llamaría mejor *ganso Gerard–Murray*. Y no hay motivo para reírse de los errores de aquellos científicos nacientes. Antes de doscientos años tendrán nuestros descendientes motivos mucho mayores para burlarse de las presentes generaciones de M.S.R.<sup>24</sup> y de sus partidarios. Sin embargo, el adversario del fenómeno que cita el caso del *ganso–bernicla* tiene mucha razón en este punto; sólo que este ejemplo tiene, por supuesto, dos filos, y cuando uno lo presenta como prueba de que hasta las autoridades científicas que creen en el espiritismo y en los fenómenos, pueden haberse equivocado burdamente con toda su observación y práctica científica, se puede volver el arma, usándola de otro modo: como una evidencia, con la misma fuerza, de que ningún *ingenio* ni medio alguno científico, puede probar que un fenómeno, sea *fraude* y *credulidad* cuando el testigo presencial que lo vio lo conoce, por lo menos, como un hecho. Esto sólo prueba que, hasta el testimonio de los sentidos científicos más prácticos y el de los poderes de observación más desarrollados, pueden fallar como los de cualquier mortal, principalmente en los casos en que se quiere refutar el fenómeno.

<sup>21</sup> De las *Cartas Científicas*. Cartas XXIV. Contra el Testimonio Científico en la cuestión del fenómeno.

<sup>22</sup> Habla de esta transformación en las siguientes palabras traducidas del latín: En cada concha (o cáscara) que yo abría después de la transformación de los frutos de las ramas en cáscaras, encontraba la pintura exacta en miniatura del ave marina: un pequeño pico como el de un ganso, y ojos muy marcados; la cabeza, el cuello, el pecho, las alas y las patas ya formadas, con plumas de color oscuro muy marcadas en la cola, etc., etc.

<sup>23</sup> Es evidente que esta idea estaba muy generalizada en la última mitad del siglo XVII, puesto que

encontró un lugar en Hundibras, que era un exacto reflejo de las opiniones de la época.

<sup>24</sup> Miembros de la Sociedad Real (Académicos) inglesa. N. del T.

H. P. BLAVATSKY ¿Ciencia Oculta o Exacta?

21

Hasta la misma observación colectiva no tendría valor cuando se trata de un fenómeno de un plano de existencia, llamado por algunos hombres de ciencia (de una manera impropia en su caso), la cuarta dimensión del espacio; y cuando a otros que lo investigan les falta el *sexto sentido* para comprenderlo.

En una discusión literaria que tuvo lugar hace algunos años, entre dos profesores eminentes, se dijo mucho sobre esta famosa cuarta dimensión. Uno de ellos decía a sus lectores que a la vez que sólo aceptaba la posibilidad de las *ciencias naturales terrestres*, esto es, la ciencia directa o inductiva, “o la investigación exacta de sólo aquellos fenómenos que tienen lugar en nuestras *condiciones terrestres de espacio y de tiempo*”, nunca se permitiría pasar por alto las posibilidades del futuro. “Recordaré a mis colegas, —añade el profesor espiritista— que nuestras deducciones de lo que se ha adquirido ya por medio de la investigación, tienen que ir mucho más allá que nuestros sentidos de percepción. Los Emites del conocimiento sensible tienen que estar sujetos a una ampliación constante, y más todavía los de la deducción. ¿Quién se atrevería a marcar los límites del futuro?... existiendo en un espacio de tres dimensiones, sólo podemos dirigir nuestras investigaciones y hacer nuestras observaciones sobre lo que tiene lugar en estas tres dimensiones. Pero, ¿puede esto impedirnos creer en un espacio de más elevadas dimensiones, y construir una geometría correspondiente?... Dejando, por ahora, a un lado la realidad de un espacio con cuarta dimensión, podemos, sin embargo... seguir adelante observando por si se encontrase un fenómeno que sólo pudiese explicarse por la hipótesis de la cuarta dimensión.” En otras palabras: “debemos asegurarnos de si algo que pertenezca a las regiones de la cuarta dimensión, puede manifestarse en nuestro mundo de tres dimensiones... puede reflejarse en él.”

El Ocultista contestaría que nuestros sentidos no sólo pueden penetrar en el mundo de la cuarta dimensión, sino también en el de la quinta y la sexta, pero que tienen que *espiritualizarse* lo suficiente para ello, siendo solamente nuestro sentido interno el que puede convertirse en el médium de esta transmisión. Así como la proyección de un objeto que existe en un espacio de tres dimensiones puede hacerse aparecer en la superficie plana de una pantalla de sólo dos dimensiones, del mismo modo los seres y cosas de cuatro dimensiones pueden ser *reflejados* en nuestro mundo de materia grosera de tres dimensiones. Pero como se necesitaría un físico muy hábil para hacer creer a su auditorio que las cosas, “reales como la vida,” que viese en esta pantalla, no eran sombras, sino realidades, asimismo sería necesario uno más sabio que cualquiera de nosotros, para persuadir a un hombre de ciencia —no hablemos de muchos— que lo que él ve reflejado en nuestra *pantalla* de tres dimensiones, puede ser a veces, y bajo ciertas condiciones, un verdadero fenómeno reflejado y producido por *poderes de cuarta dimensión* para su particular diversión y al objeto de convencerle. “Nada es tan falso en apariencia como la verdad desnuda” —es un adagio Kabalista—: “la verdad es a menudo más extraordinaria que la ficción” —es un axioma bien conocido.

Se necesita ser algo más que un hombre de ciencia moderna para demostrar una posibilidad tal como la de la mutua relación entre los dos mundos —el visible y el invisible—. Se necesita una inteligencia altamente espiritual o sumamente

H. P. BLAVATSKY ¿Ciencia Oculta o Exacta?

impresionable para descifrar y distinguir intuitivamente lo verdadero de lo falso, la pantalla natural de la artificial. Sin embargo, nuestra época es reaccionaria y está incrustada en el mismo fin de la barahúnda cíclica, o lo que queda de ella, y esto explica la afluencia de los fenómenos así como la ceguera de cierta gente.

¿Qué contesta la ciencia materialista a la teoría idealista de un espacio de cuatro dimensiones? “¡Cómo! —exclama—; ¿se quiere que nosotros, mientras estemos circunscritos dentro del infranqueable círculo de un espacio de tres dimensiones, pensemos siquiera en un espacio de dimensiones superiores? Pero ¿cómo es posible que se crea en una cosa de la cual el pensamiento humano no puede imaginarse nunca ni aun el bosquejo más confuso? Se necesitaría un ser muy diferente del hombre; estar dotado de un organismo físico completamente distinto; en un palabra: no ser un hombre, para poderse representar en el pensamiento un espacio de cuatro dimensiones, una cosa que sea ancha, larga, de espesor y... ¿qué más?”

Ciertamente; “¿qué más?”: Pues ninguno de los hombres de ciencia que abogan por él, quizás tan sólo porque son espiritistas y desean explicar el fenómeno por medio de este espacio, parece saberlo. ¿Es el *paso de la materia por medio de la materia*? Entonces, ¿por qué insisten en que es un *espacio* cuando es simplemente otro *plano de existencia*? Al menos esto es lo que debe significarse con ello, si es que significa algo. Nosotros los ocultistas decimos y sostenemos que si se necesita un nombre para satisfacer los conceptos materiales de los hombres en nuestro plano inferior, que lo llamen por su nombre indo *Mahas*, (o Mahaloka), el cuarto mundo del septenario superior que corresponde a *Rasatala*, el cuarto de la cadena septenaria de mundos inferiores; —los catorce mundos que “surgieron de los elementos quintuplicados”— pues estos dos mundos rodean, por decirlo así, nuestro presente mundo de la Cuarta Ronda. Cualquier indo comprenderá lo que esto significa. *Mahas* es un mundo superior, o más bien un plano de existencia; lo mismo que aquel plano a que pertenece la hormiga, de que hemos hablado, es quizás uno de los inferiores de las cadenas septenarias inferiores. Y si lo llamaran así, tendrían razón.

A decir verdad, se habla de este espacio de cuatro dimensiones como si fuera una localidad; una esfera en lugar de ser lo que es —un estado de ser completamente distinto—. Desde que fue resucitado en la mente de las gentes por el profesor Zöllner, ha acarreado confusiones sin fin. ¿Cómo sucedió? Pues por medio de un análisis matemático abstruso; un hombre de ciencia, de mente espiritual, llegó a la conclusión de que nuestro concepto del espacio puede no ser infalible, ni tampoco está probado de un modo absoluto, que además de nuestros cálculos de un espacio de tres dimensiones sea matemáticamente imposible que haya espacios de mayores o menores dimensiones en el Universo. Pero, según lo expresó muy bien un escéptico: “la confesión de la existencia posible de espacios de dimensiones diferentes al nuestro, no nos proporciona (a los grandes matemáticos) el menor concepto de lo que son verdaderamente tales dimensiones. El aceptar un espacio superior de cuatro dimensiones, es lo mismo que aceptar el infinito; semejante aceptación no nos ayuda en lo más mínimo a imaginarnos H. P. BLAVATSKY ¿Ciencia Oculta o Exacta?

lo que puede ser...; todo lo que sabemos de esos espacios superiores, es que no tienen nada de común con nuestro concepto de espacio.” (*Cartas Científicas*).

*Nuestro concepto* significa, por supuesto, el concepto de la ciencia *materialista*, dejando de este modo ancho margen para otras mentes menos científicas, aunque más espirituales.

Para demostrar la completa imposibilidad de conseguir que una mente materialista compruebe, o siquiera conciba de la manera más remota y hasta confusa, la presencia, en nuestro mundo de tres dimensiones, de otros planos de ser superiores, puedo citar algo de las interesantísimas objeciones de uno de los dos sabios contrincantes<sup>25</sup> mencionados, respecto a este *espacio*.

Pregunta: “¿Es posible que se de como explicación de ciertos fenómenos, la acción de un factor semejante, del cual nada sabemos de cierto, y de cuya naturaleza y facultades somos ignorantes?”

Quizás exista quien *sepa* algo; quien no sea tan ignorante. Si se acudiese a un ocultista diría: No; pues la ciencia física *exacta* tendría que rechazar su misma manera de ser, tendría que hacerse *metafísica*. No se puede analizar tales fenómenos, ni por tanto, explicarlos por medio de datos biológicos, ni siquiera fisiológicos. Sin embargo, pudiera hacerse inductivamente, como sucede, por ejemplo, con la *Gravitación*, de la cual no sabéis más que sus efectos en cuanto son observados en nuestra tierra de tres dimensiones.”

Además, se dice por los defensores de la teoría: 1º, que vivimos *incondicionalmente* en nuestro espacio de tres dimensiones; “quizás (*incondicionalmente*) por lo mismo que no podemos comprender otro, y que somos en absoluto incapaces, debido a nuestro organismo, de comprenderlo de otro modo que con las tres dimensiones.”

2º, En otras palabras. “Ni siquiera nuestro espacio de tres dimensiones es algo *que exista independientemente*, sino que sólo representa el producto de nuestro entendimiento y de nuestros conceptos.”

A la primera declaración, el Ocultismo contesta que, aquellos “que son incapaces de comprender ningún otro espacio que el de tres dimensiones, harán bien en no ocuparse de los demás”. Pero no es “debido a nuestro organismo (humano),” sino sólo a la organización intelectual de los que no pueden concebir ningún otro; a organismos sin desarrollo espiritual, ni tan siquiera mental, en la debida dirección. A la segunda declaración contestaría, que el *impugnador* está completamente equivocado en la primera parte de su sentencia, así como está por completo en lo firme en la última. Pues aun cuando la *cuarta dimensión* –si debemos llamarla así– no existe más *independiente* de nuestros conceptos y sentidos que nuestro *imaginado* espacio de tres dimensiones, ni como localidad; sin embargo, *es* y existe para los seres evolucionados y nacidos en él

<sup>25</sup> *Cartas Científicas*. Publicadas en *Nowye Vremya*. San Petersburgo, 1883.

H. P. BLAVATSKY ¿Ciencia Oculta o Exacta?

24

como “producto de su entendimiento y de *sus* conceptos.” La naturaleza nunca traza líneas de demarcación demasiado rigurosas; jamás construye barreras infranqueables, y sus *vacíos* sin puentes existen tan sólo en los conceptos limitados de ciertos naturalistas. Los dos (y más) *espacios* o planos de ser están lo suficientemente compenetrados para permitir la comunicación entre aquellos de sus respectivos habitantes, que son capaces de concebir igualmente un plano superior que uno inferior. Puede haber seres anfibios intelectuales, como hay anfibios terrestres.

El impugnador del plano de cuatro dimensiones se queja de que la sección de altas matemáticas, conocida actualmente como *Metamatemáticas* o *Metageometría*, ha sido

maltratada y citada erróneamente por los espiritistas, que “se asieron a ella como a un áncora de salvación”. Sus argumentos son, por lo menos, muy curiosos: “En lugar de probar la verdad de sus fenómenos mediumnísticos –dice– se han dedicado a explicarlos bajo la hipótesis de una cuarta dimensión. Si vemos la mano de una Katie King que desaparece en un *espacio desconocido*, pues *cuarta dimensión*. Obtenemos nudos en una cuerda cuyos dos extremos están atados y sellados, otra vez la cuarta dimensión. Desde este punto de vista se considera al espacio como algo objetivo. Se cree que realmente hay en la naturaleza espacios de tres, de cuatro y de cinco dimensiones. Pero entonces, por medio del análisis matemático, podríamos llegar de este modo a una serie interminable de *espacios*. No hay más que figurarse lo que sería de la ciencia exacta, si para explicar los fenómenos, se recurriese a tales *espacios* hipotéticos. Si uno fallaba, podríamos evocar otro, y si no otro aún más superior, y así sucesivamente”. ¡Oh, pobre Kant! Y, sin embargo, se nos dice que uno de sus principios fundamentales era “que nuestro espacio de tres dimensiones no era absoluto; y que hasta con respecto a axiomas tales como los de la Geometría de Euclides, nuestros conocimientos y ciencias sólo pueden ser relativamente exactos y reales”.

Pero, ¿por qué debe creerse que la ciencia está en peligro, sólo porque los espiritistas traten de explicar sus fenómenos en aquel plano? ¿Y de qué otra manera pueden explicar lo que es inexplicable, si lo tratamos de analizar por los conceptos de las tres dimensiones de la ciencia terrestre, si no es por el de las cuatro dimensiones? Ningún hombre cuerdo trataría de explicar el *Daimon de Sócrates* por la forma de la nariz del gran sabio, o de atribuir la inspiración de *Luz de Asia* al gorro de Mr. Ed. Amold. ¿Qué sería decir, a verdad, de la ciencia, si se dejasen explicar los fenómenos por dicha hipótesis? Nada peor, suponemos, que lo que le sucedió después que la Sociedad Real aceptó la moderna teoría de la *Luz* por la hipótesis de un *Eter* universal. El éter no es menos *el producto de nuestro entendimiento* que lo es el espacio. Y si el uno pudo aceptarse ¿por qué rechazar el otro? ¿Es porque el primero puede ser materializado en nuestro concepto, o más bien tenía que serlo, puesto que no podía evitarse; y porque el otro siendo inútil como hipótesis al objeto de la ciencia exacta, no se encuentra tan avanzado?

Por lo que respecta a los ocultistas, están en completo acuerdo con los hombres de ciencia estrictamente ortodoxos, cuando a la oferta hecha de “experimentar y observar H. P. BLAVATSKY ¿Ciencia Oculta o Exacta?

25

si podrían ocurrir fenómenos en nuestro mundo de tres dimensiones, sólo explicables por la hipótesis de un espacio de cuatro dimensiones”, contestan lo siguiente:

“Bien. Suponiendo que la observación y el experimento den una contestación satisfactoria sobre la existencia real de un espacio superior de cuatro dimensiones, o nos resuelvan un dilema insoluble por donde quiera que lo consideremos; ¿cómo pueden la observación y los experimentos humanos, posibles tan sólo *incondicionalmente* dentro de los límites de un espacio de tres dimensiones, servirnos como punto de partida para el reconocimiento de fenómenos *que sólo pueden explicarse, admitiendo la existencia de un espacio de cuatro dimensiones?*”

Estas objeciones son muy justas, por lo que creemos; y los espiritistas serían los únicos que saldrían perdiendo, si probasen alguna vez la existencia de tal espacio o su intervención en sus fenómenos; pues he aquí lo que sucederla: Tan pronto se

demostrase, digamos, que un anillo pasa por medio de la carne y emigra del brazo del médium al del investigador que tiene cogidas las manos del primero, y también que se trajesen flores y otras cosas materiales a través de las paredes o de las puertas cerradas, y que por lo tanto, la materia puede, por efecto de ciertas condiciones excepcionales, pasar por medio de la materia; tan pronto se persuadiese del hecho la colectividad de los hombres de ciencia, toda la teoría de la acción espiritual y de la intervención inteligente se vendría abajo. El espacio de tres dimensiones no sería tocado, pues el paso de un sólido por medio de otro no tiene nada que ver con las dimensiones metageométricas, sino que la materia sería probablemente dotada por las sabias corporaciones con una facultad más, y las opiniones materialistas ganarían fuerza con ello. ¿Estaría por eso el mundo más avanzado en la solución del misterio psíquico? ¿Estarían las nobles aspiraciones humanas hacia el conocimiento de la verdad de la existencia espiritual, en aquellos planos del ser que se están confundiendo ahora con el *espacio de cuatro dimensiones*, más cerca de una solución, porque la ciencia exacta admita como una ley física la acción de pasar un hombre deliberadamente a través del cuerpo de otro hombre o a través de una pared de piedra? Las Ciencias Ocultas nos enseñan que al fin de la Cuarta Raza la materia que evoluciona, progresa y cambia, –lo mismo que lo hacemos nosotros, a la vez que los demás reinos de la Naturaleza– adquiere un cuarto sentido como igualmente adquirirá uno más en cada nueva Raza. Por lo tanto, no hay nada que pueda sorprender a un ocultista poseído de la idea de que el mundo físico esté desarrollándose y adquiriendo nuevas facultades; una simple modificación de la materia, nueva –a lo que parece para la ciencia– y tan incomprensible como lo era al principio el poder del vapor, de la electricidad, del sonido... Pero lo que le parece sorprendente es el estancamiento espiritual del mundo intelectual y de los más elevados conocimientos exotéricos.

Sin embargo, nadie puede impedir ni precipitar el más pequeño progreso del ciclo. Pero quizás tenía razón el viejo Tácito al decir: “La Verdad se establece por medio de la investigación y de la tardanza; lo falso prospera por la precipitación. “ Vivimos en la H. P. BLAVATSKY ¿Ciencia Oculta o Exacta?

26

época del vapor y de una loca actividad, y la Verdad apenas puede esperar ser conocida en este siglo. El Ocultista espera y se somete a su tiempo.